

1. La injusticia ambiental y epidemiológica como formas neoliberales de profundizar las desigualdades al interior de las ciudades



JOSEMANUEL LUNA NEMECIO*

DOI: <https://doi.org/10.52501/cc.333.01>

Resumen

Este capítulo examina cómo la forma ciudad contemporánea, configurada por el capitalismo en su fase neoliberal, se ha convertido en un espacio privilegiado para la reproducción de desigualdades estructurales que exceden lo económico, dando lugar a profundas injusticias ambientales y epidemiológicas. A través de una crítica radical de la urbanización capitalista, se argumenta que la ciudad ha dejado de ser un proyecto civilizatorio orientado al florecimiento humano para convertirse en un valor de uso nocivo, subordinado a la lógica de la acumulación de capital, la explotación de la fuerza de trabajo y la devastación del ambiente. El texto muestra cómo el neoliberalismo reorganizó el metabolismo urbano y lo articuló con complejos industriales, agroindustriales y extractivistas, generando ciudades densamente contaminadas, hiperconsumistas y altamente medicalizadas. Esta transformación produjo una geografía urbana de sacrificio, donde la sobreexplotación hídrica, la contaminación atmosférica, la pérdida de biodiversidad, la exposición a tóxicos y radiaciones, y el colapso del sistema alimentario y de salud, han dado lugar a territorios ambientalmente devastados y comunidades

* Doctor en Geografía. Profesor-investigador en el Departamento de Sociología de la Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Iztapalapa, México. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-6850-3443> ; correo electrónico: josmaluna@izt.uam.mx

sistemáticamente enfermas. A partir del caso mexicano, el capítulo muestra cómo el modelo neoliberal produjo una hiperurbanización industrial insustentable, articulada a una red de tratados de libre comercio, procesos de privatización y desregulación que intensificaron las desigualdades y provocaron una territorialidad de la enfermedad, afectando especialmente a la clase proletaria urbana. A lo largo del análisis, se subraya cómo el avance de una ciudad capitalista de corte neoliberal produjo una mutación cualitativa en las formas de desigualdad, dando lugar a injusticias epidemiológicas que se expresan en un aumento de enfermedades crónicas, autoinmunes y degenerativas asociadas a la degradación ambiental. El capítulo concluye proponiendo la urgencia de disputar el sentido civilizatorio de lo urbano desde una doble estrategia: el fortalecimiento de un Estado soberano que regule los procesos destructivos del capital, y la organización de comunidades urbanas como sujeto histórico capaz de articularse con las luchas rurales por la defensa del territorio, la salud colectiva y la justicia socioambiental.

Palabras clave: *acumulación de capital, ciudad neoliberal, injusticia ambiental, injusticia epidemiológica.*

Introducción

A la hora de lanzar una mirada panorámica por sobre las formas contemporáneas por las que discurre el desarrollo de la civilización en lo que va del siglo XXI, se observan diversos procesos contradictorios en el marco de reconocer la robusta fuerza del capitalismo. Por un lado, este modo histórico de producción atraviesa un momento de expansión y maduración histórica sin precedentes; así lo demuestra la potencia del implacable sistema automático global de máquinas, cuya lógica productiva subsume y determina el carácter capitalista del sistema maquinístico gran industrial, que se encarga de explotar plusvalor a una humanidad proletarizada casi en su totalidad. Pero, por otro lado, el desarrollo histórico de la subsunción formal y real del mundo por el capital —sobre todo en las últimas cuatro décadas, en las que privó el neoliberalismo como política rectora de los procesos de

acumulación de capital—¹ trajo consigo una producción, exacerbación y desarrollo de un sinnúmero de desigualdades e injusticias sociales.

En lo que respecta a la producción de su espacialidad geográfica, el capitalismo contemporáneo tomó a la ciudad como forma privilegiada de llevar a cabo la reconfiguración mercantil de las relaciones territoriales de reproducción social. Esto ha tenido como resultado la creación de un proceso de hiperurbanización que —en conjunto con el emplazamiento de un complejo industrial centrado en el uso intensivo del petróleo, en términos energéticos y productivos— imprime el sello capitalista a las relaciones sociales de producción y reproducción social, así como a las propias fuerzas productivas del capital presentes a nivel productivo y en el despliegue espacial de diversas infraestructuras de transporte multimodal, de comunicación satelital y digital, así como de almacenaje, distribución y consumo de mercancías.

Lo anterior explica el hecho de que, si el cierre del siglo XX permitió dar cuenta de la mundialización efectiva e incuestionable del modo de producción capitalista, también posibilitó dar cuenta de la existencia global de una red de ciudades construidas para albergar al grueso de la población mundial.²

¹ El neoliberalismo es una política de acumulación de capital que comenzó a implementarse a nivel global desde principios de la década de los setenta del siglo XX. Su principal característica fue la de intensificar el despojo de los medios sociales de producción a toda la humanidad, al mismo tiempo que implementó una inédita expropiación de los medios de subsistencia a toda la población. Todo ello como una forma desesperada por contrarrestar la caída de la tasa de ganancia a nivel global, contraponiéndose, incluso, a las propias leyes del desarrollo y reproducción del capitalismo. A contrapelo de lo que los economistas clásicos o neoclásicos dicen respecto de la disminución de la participación del Estado, lo que se produjo durante el neoliberalismo fue una participación estratégica del Estado y de sus instituciones para desviar su poder político a favor de un cierto sector de la burguesía transnacional que, desde lo industrial, lo financiero y lo comercial, despojaron y esquilmaron ganancias incluso a la propia burguesía nacional.

² Para 1990, la población mundial era de 2.28 mil millones de personas, de la cual 43.09% vivía al interior de ciudades. Para el año 2000, este porcentaje fue del 46.71; mientras que para 2020 el porcentaje de población que habita en ciudades respecto al resto de la población fue de 56.02%. Estas tasas en el crecimiento de la población urbana permiten dar cuenta de la hegemonía de la ciudad como espacio de reproducción de poco más de 4.52 mil millones de personas que diariamente participan tanto en el consumo de mercancías producidas con altas tasas de energía, biomasa, materiales y recursos hídricos, así como en la generación de incommensurables cantidades de desperdicios y sustancias contaminantes. Es decir, que esta población emplazada al interior de las colosales manchas urbanas es subsumida a una lógica de consumo urbano en favor de la industria y la subordinación de la ruralidad adyacente a las ciudades.

Al mismo tiempo, se generó toda una red tecnológica y de innovación en los sistemas de información y comunicación multimodal.³ Esto produjo, como tres de las manifestaciones más agresivas de la acumulación global de capital, procesos de especulación inmobiliaria, descampesinización y una inédita y profunda crisis ambiental, cuya complicación sigue la misma pauta del proceso de urbanización del territorio global. La construcción del espacio urbano, bajo una lógica estrictamente capitalista, se vio intensificada conforme el neoliberalismo se consolidó como la forma hegemónica de llevar a cabo la acumulación de capital. El despojo de los medios sociales de producción, así como la desposesión de los medios sociales de reproducción procreativa a toda la humanidad, marcaron la forma específica de desarrollo capitalista desde el último tercio del siglo xx.

De tal forma, las miles de ciudades y las decenas de megalópolis que hoy día estructuran el núcleo de diversos corredores urbano-industriales a nivel global configuran un complejo sistema de dominio productivo, consuntivo, financiero, alimentario, ambiental, sanitario, político, jurídico, cultural, sexual, policiaco, militar y de movilidad. Es decir, las ciudades se han vuelto espacios del dominio estructural del gran capital, en el marco de una civilización material petrolera (Barreda, 2005), que les subsume y presenta como el núcleo de la industria automotriz y de la petroquímica, así como del complejo médico industrial farmacéutico de corte capitalista. Lo que da pie a diversos y caóticos procesos de privatización, acaparamiento y devastación de las condiciones económicas, ambientales y de salud de la humanidad.

En este sentido, la expansión global del capital se traduce en una mundialización de las ciudades; ambos procesos, aún más durante el neoliberalismo, han servido de condición para la producción de desigualdades sociales a una escala también de alcance planetario. Por ello el presente

³ Muestra de ello son las redes de ferrocarril, tendidos eléctricos y de fibra óptica, supercarreteras, puertos intermodales, aeropuertos, antenas de telefonía celular y repetidoras de internet y toda una serie de infraestructuras, espacios y dinámicas centrados en el uso de automóviles privados, cada vez más destructivos en términos ambientales, dado el tipo de tecnología empleada para su movilidad (por ejemplo, los automóviles eléctricos que funcionan con batería de litio). Pero también, se han de considerar los espacios digitales de (des)comunicación y (des)información que, bajo la forma aparente de redes sociales (Facebook, X, TikTok, Instagram, Snapchat, Pinterest, YouTube, etcétera), promueven una atomización y desconexión de las personas entre sí y respecto al espacio urbano que habitan.

capítulo tiene el objetivo principal de mostrar cómo las ciudades se han vuelto un espacio nocivo tanto en términos civilizatorios como ambientales; lo que ha implicado el volverse una condición espacial de posibilidad para la exacerbación de las desigualdades económicas, así como la complejización de las mismas, al derivarlas en una serie de injusticias ambientales y epidemiológicas, en el marco de la actual crisis ecológica multidimensional y de la salud física, psicosexual y emocional que acontece a nivel mundial.

Con lo dicho, el argumento de este capítulo se distancia críticamente de la serie de investigaciones sobre lo urbano, que en la actualidad se encuentran presas de fetiches tecnológicos. Por ejemplo, aquellos estudios que presentan a las ciudades bajo la forma glamurosa de *Smart cities* (Cai et al., 2023), donde pareciera que todo funciona de manera armoniosa y sin reconstruir el caos civilizatorio y socioambiental que representa el carácter cancerígeno de la producción contemporánea de ciudades. Pero también, este capítulo se diferencia de los estudios fenomenológicos que solo observan los cambios en el paisaje urbano (Checa-Artasuet et al., 2014).

Asimismo, el argumento de este capítulo se distancia de los estudios demografistas, que solo investigan la ciudad a partir de observar la concentración o distribución espacial del número de habitantes. En todo caso, el argumento aquí presentado es más cercano a aquellas investigaciones que observan la *gentrificación* (Hernández y Díaz, 2022) o los efectos ambientales y territoriales derivados de la distribución policéntrica o difusa de los procesos de urbanización (Garcés y Bartorila, 2021).

La crítica que este capítulo hace a las formas contemporáneas de producción del espacio urbano, en relación con las desigualdades sociales que produce y a cómo estas se traducen en escenarios de injusticia ambiental y epidemiológica, tiene un carácter positivo. Más que centrarse en la negación de la forma ciudad, se busca rescatar el sentido civilizatorio y afirmativo que guarda lo urbano. Si bien actualmente hablar de capitalismo implica, necesariamente, referir al sistema de ciudades construido por este modo de producción, esta correlación no puede ser entendida como el vínculo de dos conceptos iguales. Capitalismo no es sinónimo de ciudad, y ciudad no es sinónimo de capitalismo, pues mientras el primero habla de un modo histórico específico de producción y reproducción social y natural

de la humanidad, la ciudad implica referirse a un proceso civilizatorio histórico general.⁴ Lo anterior permite no solo especificar a la ciudad como un proyecto civilizatorio pre y poscapitalista, sino que también posibilita dar cuenta de lo urbano bajo su forma histórica particular, que representa la ciudad capitalista en cuanto tal. Pero, además, vuelve posible observar cómo esta va mutando su propia forma y estructura, conforme cambia la propia dimensión cuantitativa y cualitativa de la acumulación de capital.

De allí que se pueda entender el hecho de que el neoliberalismo, mediante el despliegue de una acumulación originaria residual y terminal de capital (Veraza, 2023a), produjo un tipo singular de ciudad capitalista. La ciudad capitalista de corte neoliberal no solo exacerbó los viejos problemas urbanos característicos de la ciudad capitalista, sino que ahora produjo una nueva serie de consecuencias negativas para la reproducción de la sociedad y la conservación de la naturaleza. Un ejemplo de esto son las inéditas implicancias socioambientales y epidemiológicas que se produjeron al interior de las ciudades (Luna-Nemecio y Tobón, 2021).

Dicho todo lo anterior, se puede presentar la estructura argumental del presente capítulo: en primer lugar, se argumenta acerca de cómo es que la ciudad dejó de ser un proyecto enfocado al florecimiento civilizatorio, para transformarse en un signo histórico espacial del modo de producción capitalista. Posteriormente, este argumento se desarrolla hacia especificar cómo el capitalismo transformó a la ciudad en una condición material para la profundización de las desigualdades económico-sociales producidas por el capitalismo, conforme se vuelve efectiva la ley general de acumulación de capital.

⁴ Esta especificación de conceptos (capitalismo $\neq$ ciudad; ciudad $\neq$ ciudad capitalista; ciudad capitalista $\neq$ ciudad neoliberal) permite criticar a quienes se afanan en señalar que lo urbano tiene un talante cuya estructura le hace ser estrictamente un proceso de destrucción transhistórica de la socialidad y la naturaleza. Pues estas reflexiones —muchas de ellas apresuradas y, por lo tanto, inmediatistas respecto de lo urbano— ven una aparente continuidad entre las dimensiones destructivas de las ciudades europeas propias del siglo XIX o de las zonas urbanas construidas durante la primera mitad del siglo XX, sin percatarse de que toda la serie de desarrollos científicos, innovaciones tecnológicas y consumos desenfrenados propiciados por el capitalismo a partir de la década de 1950 hasta nuestros días derivó en una subsumción real del consumo bajo el capital (Veraza, 2008) que, en términos de la construcción de ciudades, hizo de este espacio un sumidero de valores de uso ambientalmente nocivos y destructivos de la salud y vida de la humanidad en múltiples niveles y escalas.

El tercer paso argumental de este capítulo se centra en exponer cómo la producción de territorios ambientalmente devastados y la producción sistemática de comunidades urbanas enfermas —como resultado directo de la reconfiguración neoliberal de la ciudad capitalista— se vuelve una forma en la que se acentúan las desigualdades al interior de las ciudades, al crear profundas injusticias ambientales y epidemiológicas. El cuarto nivel argumental del capítulo reconstruye, en términos panorámicos, la serie de injusticias epidemiológico-ambientales que el neoliberalismo produjo al interior del espacio urbano construido en México.

Por último, el capítulo concluye presentando una serie de reflexiones finales acerca de los pasos necesarios para poder volver a colocar a la ciudad en el centro del desarrollo civilizatorio y de la configuración propia y específica del metabolismo sociedad-naturaleza. Esto permite establecer algunas nociones fundamentales que se deben considerar para poder desarrollar un proyecto urbano que sirva como base territorial para la superación de las desigualdades, tanto en el marco de una reforma civil de corte burgués del modo de producción capitalista, como parte de lo que eventualmente sería la emergencia global de un movimiento proletario de corte transcapitalista.

La forma ciudad como signo histórico espacial del desarrollo capitalista

Como unidad histórica y geográfica concreta, la ciudad contemporánea debe ser entendida como condición y resultado del dominio del capital sobre el conjunto de la reproducción social y de la naturaleza. La ciudad capitalista es un territorio en el que se puede ver contenida y expresada la férrea lucha de clases entre burguesía y proletariado.

Además, conforme el capitalismo va desarrollando su medida geopolítica mundial (Veraza, 2010), la forma ciudad especifica la dimensión geográfica de este modo de producción, terminando por reconfigurar los territorios en su totalidad, hasta saturarlos y desbordar sus propios límites biofísicos. En consecuencia, las fronteras territoriales que distinguían a la ciudad respecto a la ruralidad que le era adyacente ahora quedan fusionadas en lo urbano.

Las pequeñas, medianas y grandes ciudades han dejado de existir para dar paso a colosales corredores urbanos que se interconectan con los ya referidos polos de desarrollo industrial, hasta el punto de superponerse con las redes de infraestructura urbana de servicios públicos, comunicación digital, transporte público y privado. Por lo que la ciudad capitalista, en articulación con su gran industria (fuerzas productivas técnicas) y con las colosales redes de comunicación y transporte multimodal que construye (fuerzas productivas generales), termina por convertir a la ciudad en un signo histórico y espacial del desarrollo capitalista.⁵

Lo urbano, subsumido formal y realmente por el capital, termina por ser un correlato de los procesos de producción y consumo de mercancías. La ciudad deja de tener un sentido civilizatorio centrado en el valor de uso y el concomitante florecimiento humano, y ahora pasa a ser un signo del desarrollo capitalista, al centrarse en el valor como forma abstracta de la riqueza. Este proceso tiene una serie de implicancias directas en términos ideológicos y materiales para la humanidad, también subsumida bajo el capital y orillada a vivir en ciudades, en tanto fuerza de trabajo explotada como proletariado moderno.

El proyecto civilizatorio de la ciudad, subsumido bajo una especificidad capitalista, alude a la producción de un tipo de individuo (urbanita), cuya reproducción acontece no solo en términos de propietario privado, sino que, además, este cumple la función de bisagra entre la comunidad doméstica y la comunidad doméstica capitalista (Veraza, 2023b), en tanto que es un vínculo articulador entre lo privado y lo colectivo al interior de las ciudades. Cada uno de los millones de habitantes de las ciudades representa un gozne co-

⁵ La ciudad capitalista aparece configurada como un espacio geográfico que totaliza los espacios de producción, distribución y consumo de mercancías, respecto a los espacios dedicados a la reproducción procreativa en términos individuales y colectivos de una humanidad cada vez más proletarizada. Por lo que esta forma de ciudad decanta en ser una gran red de redes, cuya estructura urbana está construida a partir de gasolineras, centros comerciales, tiendas de conveniencia, bares, casinos, cuarteles policíacos y militares, antenas de telefonía celular, radio e internet, supercarreteras, fábricas y centros de distribución y comercio de alimentos ultraprocesados, automóviles, anuncios espectaculares, rellenos sanitarios y basureros a cielo abierto que albergan los desperdicios urbanos, industriales, agroindustriales y hospitalarios, por tan solo mencionar algunas de las infraestructuras, espacios y valores de uso que significan la ciudad capitalista.

municador entre las relaciones sociales de producción y las propias fuerzas productivas; ambas subsumidas formal y realmente por el capital.

La masa creciente de urbanitas que habitan las ciudades la vive de forma enajenada, cosificada, fetichizada y mercantilizada. En tanto población proletarizada, los habitantes de la *city* conforman la estructura vertebral de las dimensiones procreativas, prácticas e ideológicas de una vida cotidiana urbana subsumida formal y realmente por el capital. Siendo este grupo poblacional quien ha de vivir las implicancias más profundas derivadas de todo el conjunto de desigualdades que resultan de la realización efectiva de la ley general de acumulación de capital.

Ciudad burguesa y ciudad proletaria: lo urbano como territorio de la lucha de clases

La ciudad proletaria se caracteriza por ser el reducto espacial en que son circunscritos los dominados modernos para llevar a cabo su reproducción en términos procreativos. Son estas ciudades los lugares donde la miseria social marca la impronta de una pobreza y marginación normalizadas. La vida cotidiana al interior de estas ciudades proletarias está marcada por el subconsumo de mercancías, dados los bajos salarios o debido a los altos niveles de desempleo que existen. Asimismo, estos espacios del capital se caracterizan por la violencia generalizada, la falta o pésima calidad de servicios públicos (agua potable, alcantarillado, sistemas urbanos de recolección de basura, redes de electricidad, sistemas de transporte público, pavimentación, etcétera).

Por otro lado, la ciudad burguesa corresponde a un tipo de urbanización en el que la burguesía se reproduce en términos procreativos, pudiendo acceder a mayores cantidades y mejor calidad de mercancías, así como a diversos espacios de recreación cultural, educación y salud. Sin olvidar mencionar que los servicios públicos de electricidad, agua potable y recolección de basura son ofertados sin ningún tipo de restricción, más allá de aquellas que tengan que ver con el carácter mercantil de los mismos.

En la ciudad burguesa se juegan también aquellos espacios e infraestructuras destinados a la producción, almacenaje, distribución y consumo

de mercancías. Por lo que este tipo de ciudad está representado por las empresas, fábricas, bodegas, medios de comunicación y transporte multimodal, supermercados, bancos y redes de comercio destinados a la realización del plusvalor contenido en las mercancías producidas a partir de la explotación de la fuerza de trabajo por parte del capital industrial.

La ciudad capitalista, como espacio geográfico en el que acontece la lucha de clases, se va desarrollando conforme la propia sociedad burguesa intensifica y consolida los propios mecanismos de dominación productiva y procreativa de la sociedad. Como resultado de este proceso de urbanización del capitalismo y de configuración capitalista de lo urbano, la ciudad burguesa y la ciudad proletaria, como espacios clasistamente diferenciados, terminan por fusionarse en una unidad espacial concreta caracterizada por la superposición, sincronización y contradicción del sentido y lógica del propio espacio urbano construido. Por ello se puede observar cómo, al interior de una misma ciudad, van configurándose espacios que reflejan los intereses y necesidades de la clase burguesa, y, por otro lado, se encuentran espacios urbanos que son construidos para contener y sustentar la reproducción del proletariado, con base en las propias necesidades del capital.

La ciudad capitalista como territorio de la subsunción real del proceso de trabajo bajo el capital

Además de ser el lugar donde acontece la relación capital-trabajo asalariado, así como la concomitante y creciente explotación de plusvalor a la clase obrera, la ciudad en su forma capitalista representa la condición espacial a partir de la cual se apuntalan los procesos de subsunción real del proceso de trabajo por el capital (Marx, 2001). Esto sucede mediante el desarrollo de férreos procesos de industrialización de la vida productiva y consuntiva, en interconexión con la construcción del espacio urbano. De allí que la ciudad burguesa sea entendida como el punto de interconexión entre lo urbano y lo industrial.

En este sentido, la ciudad capitalista es el espacio donde el capital construye y desarrolla sus fuerzas productivas técnicas. Esto lo hace me-

dian­te la subordi­na­ción de los dis­cur­sos, mé­to­dos e in­stru­men­tos cien­ti­fí­cos, con el fin de con­fi­gu­rar, con­sti­tuir y de­sar­rol­lar su cuer­po tec­no­lógico como parte de la pro­pia es­truc­tu­ra y ló­gi­ca ope­ra­ti­va y fun­cional de las ciu­da­des, en tan­to uni­dad geo­grá­fica con­cre­ta del ca­pi­tal. Lo an­te­rior im­pli­ca que, ar­ti­cu­lán­do­se con la for­ma y es­truc­tu­ra de un au­tó­ma­ta glo­bal, la ciu­dad ter­mi­na por ser un es­pa­cio en el que se des­ple­ga y ar­ti­cu­la todo el gran sis­te­ma gran-in­dus­trial de pro­duc­ción, dis­tri­bu­ción y con­su­mo de mer­can­cías.

Con lo di­cho, se puede en­ten­der que la ciu­dad ca­pi­ta­li­sta sea vista como una con­struc­ción con­tra­dic­to­ria, don­de los es­pa­cios del ca­pi­tal con­vi­ven con los de la cla­se pro­le­ta­ria. Se crea un com­ple­jo en­tra­ma­do de re­la­cio­nes ur­ba­nas que, en su­ma, ex­presan el do­mi­nio de la bur­gue­sía sobre el res­to de los in­te­gran­tes de la so­cie­dad; y, por lo tan­to, el es­pa­cio ur­ba­no con­strui­do ya ba­jo la for­ma ciu­dad ca­pi­ta­li­sta re­pre­sen­ta un ter­ri­to­rio de am­plias, pro­fun­das y múl­ti­ples des­ig­ual­da­des eco­nó­mi­cas. Pues el abarata­mien­to con­stan­te del va­lor de la fuer­za de tra­ba­jo y la re­con­fi­gu­ra­ción de la com­po­si­ción or­gá­ni­ca del ca­pi­tal ha­cia la au­to­ma­ti­za­ción del pro­ce­so de tra­ba­jo se tra­duce en un em­po­bre­ci­mien­to ca­da vez más pro­fun­do de los mil­lo­nes de ur­ba­ni­tas que la ha­bi­tan.

La ciu­dad ca­pi­ta­li­sta como con­di­ción ma­te­rial de las des­ig­ual­da­des so­cia­les

La for­ma ciu­dad con­tem­po­rá­nea al ca­pi­ta­li­smo mue­stra la con­tra­dic­ción en­tre el va­lor de uso y el va­lor que de­fi­ne la pro­pia ló­gi­ca y es­truc­tu­ra de este mo­do de pro­duc­ción. Con­for­me el ca­pi­tal sub­sume lo ur­ba­no, este de­ja de ser un si­gno de flo­re­ci­mien­to ci­vi­li­za­to­rio y ad­qui­ere el ta­lante de ser un es­pa­cio mer­can­til que apun­ta a la cre­cien­te va­lo­ri­za­ción del va­lor (Lu­na-Nemecio y Tobón, 2021). De allí que la ciu­dad ca­pi­ta­li­sta emerja, en­ton­ces, como un es­pa­cio de pro­duc­ción, dis­tri­bu­ción y con­su­mo de mer­can­cías, así como un es­pa­cio don­de acon­te­ce la ex­plo­ta­ción y re­ali­za­ción del plus­va­lor sus­traído in­dus­trial­men­te a la fuer­za de tra­ba­jo obrera. Y, por lo tan­to, la ciu­dad, en su con­tem­po­ra­neidad ca­pi­ta­li­sta, re­sul­ta en ser un es­pa­cio pro­duc­tor de des­ig­ual­da­des eco­nó­mi­cas.

La ciudad capitalista es un espacio geográfico cuya lógica y estructura posibilitan un crecimiento exponencial del número de personas que viven en las ciudades bajo una situación de pobreza y pobreza extrema. Lo mismo sucede con los niveles de desempleo o con las actividades de comercio informal y autoempleo, que hoy día son correlato de la producción y profundización de las desigualdades económicas al interior de las ciudades (Bonilla, 2015).

El capitalismo reforma, en términos burgueses, a la forma ciudad de acuerdo con las tendencias y ritmos que va marcando el propio despliegue de la ley general de acumulación de capital. Por lo tanto, es importante reconocer que la generación de procesos, dinámicas y territorios de producción de riqueza y miseria que caracterizan el desarrollo de lo urbano en términos capitalistas va asumiendo lo específico de cada momento histórico, en el que se ajusta la política de acumulación de capital según las propias necesidades y capacidades de reproducción y desarrollo capitalista.

En este sentido, se pueden reconocer ciertos momentos en la propia historia del desarrollo capitalista, donde la ley general de acumulación de capital tiende a producir más o menos riqueza en relación inversa a la siempre creciente producción de miseria.⁶ Por ejemplo, en el marco del neoliberalismo, el capitalismo optó por seguir una vía de desarrollo histórico basada en el despojo de los medios sociales de producción y en la inédita expropiación de los medios sociales y naturales de subsistencia de toda la humanidad (Veraza, 2023a). Esta acumulación originaria residual y terminal de capital se sustentó en la creación de ciertas condiciones jurídicas idóneas para que los diversos Estados nacionales favorecieran a una plutocracia al interior de la propia burguesía en tanto clase dominante.

Bajo la política de acumulación de capital de corte neoliberal, que marcó la impronta del desarrollo capitalista hacia el último tercio del siglo XX, la producción de desigualdades no solo se vio intensificada en términos cuantitativos, sino que, también, estas se complicaron, desbordando la escena de lo económico y permeando el resto de los espacios de la reproducción social.

⁶ “En febrero de 2023, Manuela Tomei, directora general de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) en la Comisión de Desarrollo Social de la ONU destacó que el 10% más rico de la población mundial se lleva el 52% de la renta mundial, mientras que la mitad más pobre obtiene el 6.5% de la misma” (Martín-Jiménez, 2024, p. 176).

Esto se explica por el hecho de que, bajo el neoliberalismo, la ley de acumulación de capital no solo tiene una dimensión cuantitativa —en términos de la producción de grandes cantidades de riqueza para un sector reducido de la población y la paralela generación de pobreza, desigualdades y miseria para el grueso de integrantes de la sociedad burguesa—, sino que, además, la producción masiva de miseria y la concentración de la riqueza económica en un sector cada vez más reducido de la población tiene un correlato de corte cualitativo, en tanto que el capital sobreacumulado se sustenta en una producción gran-industrial de valores de uso nocivos, propia de la subsunción real del consumo bajo el capital (Veraza, 2008).

Con lo dicho, se puede entender que, con el avance histórico del neoliberalismo, la ciudad capitalista va reflejando los síntomas de la creciente degradación civilizatoria producida por la complicación de los medios ideológico-instrumentales por los que el capital subordina el contenido material de los procesos de trabajo. De allí que, en la actualidad, hablar de la ciudad no solo tenga que hacerse aludiendo a su forma capitalista, sino que, además, tiene que especificarse en términos de la producción del espacio urbano de acuerdo con la degradación civilizatoria mundial, producida por el neoliberalismo. Es decir, se tiene que dar cuenta de que lo urbano aparece bajo la forma de una ciudad capitalista de corte neoliberal (Valenzuela-Levi et al., 2022).

En el marco del neoliberalismo y de la subsunción real del consumo bajo el capital, que le acompaña y corresponde históricamente, la serie de desigualdades que derivan de la propia especificidad capitalista de la forma ciudad de la reproducción social no solo ocurre en términos cuantitativos (mayor o menor ingreso; más o menos número de pobres; creciente población desempleada, etcétera), sino que, además, lo urbano, subsumido realmente en términos de la producción, distribución y consumo tanto de objetos como de sujetos, termina por crear un espacio geográfico donde las desigualdades adquieren un talante cualitativo.

La degradación en términos de valor de uso de la vida cotidiana va más allá de lo económico y toma por asalto lo alimentario, lo cultural, lo ambiental y lo referente a la salud de la población. Si bien el carácter de clase de la propia sociedad burguesa sigue regulando y definiendo quiénes han de padecer las peores implicancias de las desigualdades sociales, en tanto

que la desigualdad que se vive en las ciudades avanza hacia la degradación nociva de valores de uso totalizadores del conjunto de la reproducción social —como la alimentación, el ambiente o la salud—, la propia burguesía se encuentra en una situación complicada para zafarse de tener que llevar a cabo su propia reproducción procreativa bajo los términos propios de la decadencia civilizatoria que se vive al interior de la forma ciudad en su contemporaneidad capitalista y su especificidad neoliberal. Ambos procesos de construcción del espacio urbano decantan en una reconfiguración urbana e industrial de los territorios, que impactan negativamente sobre el ambiente y sobre la salud de la población (Luna-Nemecio, 2023).

En síntesis, la propia operación sistemática de la ley general de acumulación de capital, tanto en términos cuantitativos como cualitativos, en tiempos de la subsunción real del consumo por el capital, termina por producir una ciudad capitalista de corte neoliberal que, a su vez, sirve como condición de posibilidad para que, a partir de las desigualdades económicas, se generen un sinnúmero de injusticias políticas, culturales, ambientales y epidemiológicas.

Territorios ambientalmente devastados y comunidades enfermas como una forma neoliberal de acentuar la desigualdad al interior de las ciudades

Siguiendo el desarrollo argumental del presente capítulo, se ha podido describir que: 1) el apogeo del modo de producción capitalista se expresa tanto en la configuración espacial de un autómata planetario como en una compleja red de ciudades, cuyo sistema urbano se entrecruza, superpone y sincroniza con los complejos industriales, agroindustriales, minero-extractivistas y químico-industriales que hoy día tupen virulentamente la totalidad del mundo. Además, se argumentó 2) cómo esta construcción del espacio ocurrió por medio de un tipo de tecnología empleada para la explotación de plusvalor, misma que fue adquiriendo un talante específicamente nocivo conforme el capitalismo se desarrolló a lo largo de la segunda mitad del siglo xx.

De allí que 3) se presentara a la forma ciudad contemporánea como un espacio que no solo termina por ser funcional a la valorización del valor y, por lo tanto, como un espacio de producción de desigualdades económicas, sino que, también, 4) se argumentó cómo la ciudad capitalista contemporánea —en tanto que en sí misma resulta de la subsunción real del consumo por el capital, que caracteriza la lógica productiva y procreativa impulsada durante el neoliberalismo— termina por ser un valor de uso nocivo, a partir del cual se produce una degradación en términos cuantitativos y cualitativos de la vida cotidiana. Todo ello permitió presentar 5) cómo la forma ciudad, en su contemporaneidad capitalista y especificidad neoliberal, terminó por ser la condición de posibilidad para la producción de una complejización e intensificación de las desigualdades que le son consustanciales al propio desarrollo del capitalismo.

Por lo tanto, en lo que sigue se argumentará cómo hablar de la ciudad capitalista de corte neoliberal implica necesariamente abordar la producción de las injusticias ambientales y epidemiológicas como dos de las formas complicadas de las desigualdades sociales que más hondo han impactado en los procesos de reproducción social al interior de las ciudades.

Devastación ecológica y profundización de desigualdades: las injusticias ambientales al interior de las ciudades

Durante la hegemonía del neoliberalismo como eje rector de los procesos globales de acumulación de capital, la producción de ciudades tomó el talante y significado histórico de ser un espacio de síntesis de la actual y contemporánea degradación civilizatoria (Luna-Nemecio, 2020). Pero, también, la ciudad capitalista de corte neoliberal se convirtió en una condición material de la creciente destrucción de la naturaleza, al impulsar un alto consumo de biomasa, minerales, materiales, energía y recursos hídricos; así como por ser un espacio productor de inconmensurables cantidades de basura y residuos plásticos y químicos que contaminan el agua, el aire y el suelo. Dado que el mundo ha sido reconfigurado bajo galopantes procesos de urbanización, la destrucción de la totalidad del

ambiente ha sido un correlato cuya medida geográfica alcanza, también, la escala planetaria.

En tanto que el propio modo de producción capitalista no ha logrado, hasta el momento, desarrollar unas fuerzas productivas cuya potencia cuantitativa no tenga la nocividad y destructividad como característica cualitativa, la degradación del ambiente ocurre en múltiples dimensiones. Por tan solo mencionar algunas de ellas, habría que referirse a la sobreexplotación y contaminación de la que son objeto los cuerpos superficiales y subterráneos de agua por parte del sistema urbano-industrial, que los utiliza en términos productivos y consuntivos.

Las ciudades representan hoy día la condición de alta extracción de recursos hídricos, dada la perforación intensiva de pozos de extracción regulados o clandestinos (García-Barrios y Mozka, 2023), cuya existencia busca, en primer lugar, dotar de agua potable a las industrias y comercios que la requieren para sus respectivos procesos económicos. Y, en segundo lugar, el agua extraída restante se asigna a los ciudadanos, quienes, la mayoría de las veces, reciben este vital líquido en una cantidad y calidad por debajo de los estándares internacionales establecidos como medida del consumo mínimo de agua para el ser humano.

En las ciudades que integran la Zona Metropolitana del Valle de México (ZMVM), la crisis hídrica se ha agudizado de forma alarmante. El 43% de sus habitantes no cuenta con acceso regular a agua potable en sus hogares, y más de 30% del vital líquido se pierde por fugas en las redes de abastecimiento. El caso mexicano contrasta con el contexto hídrico de otras naciones latinoamericanas; por ejemplo, en la ciudad de São Paulo (Brasil), cerca de 90% de la población urbana cuenta con abastecimiento de agua entubada.

En lo que respecta a los escenarios urbanos de contaminación hídrica, estos pueden explicarse por la falta de una infraestructura hidráulica de drenaje y alcantarillado que se requiere para la conducción de las aguas residuales hacia plantas de tratamiento. La falta de construcción, así como el mal manejo administrativo y técnico de estas últimas, son factores importantes para explicar la presencia de materia fecal, metales pesados, disruptores hormonales y endócrinos, fármacos, dioxinas, furanos, agroquímicos y todo un gran y nocivo coctel de diversas sustancias altamente dañinas

en términos ambientales y sanitarios, dados sus altos niveles de toxicidad (Jacobo-Marín y De León, 2021).

Los procesos y dinámicas extractivistas que se relacionan con los procesos espaciales de construcción y operación del sistema de ciudades no solo atañen a los recursos hídricos; la extracción de minerales metálicos y no metálicos es un funesto correlato de la urbanización del capital. Las altas tasas de materiales extraídos por prácticas de minería subterránea, pozos de perforación, desgajo de cerros o, incluso, de minería a cielo abierto son también fuentes de contaminación ambiental (Azamar y Ponce, 2014). Esta última representa la causa de grandes catástrofes ambientales, dado el uso de una inimaginable cantidad de sustancias químicas para separar los metales de las rocas; ya que, posterior a su uso, estas aguas residuales terminan por crear lodos tóxicos que contaminan los suelos y recursos hídricos a niveles irrecuperables.

El avance espacial de la construcción del espacio urbano ha implicado altas tasas de deforestación (Alfonso, 2021). No solo la tala inmoderada —legal o ilegal— de cientos de hectáreas ha sido una de las consecuencias ambientales de la reconfiguración urbana del espacio; también lo ha sido la generación intencional de incendios forestales y la tala clandestina de zonas boscosas para apuntalar procesos de especulación inmobiliaria.⁷ Todo lo anterior ha resultado en que la ciudad capitalista, en su especificidad neoliberal, se presente como una forma de urbanización que se contrapone, de manera aparentemente irrenunciable, a la existencia de una cobertura forestal y vegetal con la cual pueda coexistir. La pavimentación y asfaltado del paisaje tornan gris lo que otrora tenía tonalidades verdes, lo que termina por cancelar la larga lista de servicios ambientales que brindan los bosques respecto al equilibrio ecosistémico, climático, hídrico y al propio metabolismo socioambiental (Rodríguez, 2002).

⁷ Desde mediados del siglo XX, la mancha urbana de la ZMVM se ha multiplicado por más de 13 veces, pasando de 10 000 a más de 130 000 hectáreas urbanizadas. Esta expansión ha destruido antiguos bosques y zonas agrícolas, reduciendo la disponibilidad de áreas verdes por habitante en más de 80%. Solo entre 1950 y 2000, la cobertura vegetal disminuyó drásticamente, alterando el equilibrio hidrológico, la regulación térmica y la biodiversidad de la región. México pierde unas 155 000 hectáreas forestales al año, y gran parte de esa deforestación está relacionada con el crecimiento de urbes como la Ciudad de México.

Los impactos negativos que ha producido la urbanización capitalista y neoliberal del espacio urbano recién comentados se acompañan de la correspondiente pérdida de biodiversidad. La flora, la fauna e, incluso, la microbiota de los ecosistemas ha sido devastada por el avance rampante de la ciudad como proyecto civilizatorio del capitalismo contemporáneo (Badii et al., 2015). Esto se ha traducido en la desaparición de cientos de especies endémicas o en la puesta en peligro inminente de extinción de ciertos tipos de plantas, animales y hongos que habían acompañado al ser humano desde hace milenios. Tal es el caso de la pérdida de biodiversidad en la ZMVM, a razón del crecimiento urbano descontrolado. Aunque la región aún conserva unas 2 254 especies silvestres, incluyendo al menos 770 endémicas, solo 41% de su superficie mantiene cobertura vegetal nativa. Demarcaciones como Benito Juárez, Azcapotzalco o Iztacalco carecen prácticamente de espacios naturales.

La devastación ambiental que resulta de los procesos de construcción del espacio urbano pasa también por generar una grave contaminación del aire. El colosal parque vehicular que tupe los circuitos de circulación al interior de las ciudades hasta saturarlos o colapsarlos genera intensivamente gases tóxicos que terminan por condensarse en una gruesa capa de contaminantes a nivel atmosférico (Raheirinson, 2020). La emisión de óxidos de nitrógeno, monóxido de carbono, dióxido de azufre y compuestos orgánicos volátiles constituye una de las principales causas de que el aire en las ciudades sea dañino para la propia reproducción natural de árboles, plantas y flores, así como para la salud animal y humana.

La contaminación del aire en la ZMVM constituye uno de los principales indicadores del deterioro ambiental urbano, con niveles de PM_{2.5} que superan los 22 $\mu\text{g}/\text{m}^3$ en promedio anual, más del doble del límite recomendado por la Organización Mundial de la Salud (OMS). Esta concentración ubica a la ZMVM por debajo de ciudades extremadamente contaminadas como Nueva Delhi (93 $\mu\text{g}/\text{m}^3$), pero aún por encima de otras metrópolis latinoamericanas como São Paulo (~14 $\mu\text{g}/\text{m}^3$). A ello se suma el hecho de que la ZMVM supera la norma de ozono en más de 240 días al año, una cifra que contrasta severamente con los aproximadamente 70 días registrados en Los Ángeles. Esta situación revela no solo una atmósfera crónicamente tóxica para la población, sino también una incapacidad estructural para revertir la

emisión de contaminantes criterio, pese a los programas ambientales implementados en las últimas décadas.

Tal y como se ha mencionado con anterioridad, la forma ciudad representa, en el marco civilizatorio del capitalismo, un espacio destinado al consumo incesante de mercancías. Y, en tanto dichos productos están compuestos, envueltos o acompañados de plásticos, su consumo en masa termina por representar una fuente de generación de incuantificables toneladas de basura. Estos residuos orgánicos, plásticos, químico-farmacológicos y clínico-hospitalarios son excretados por las ciudades hacia una red de basureros a cielo abierto o rellenos sanitarios que, la mayoría de las veces, terminan por saturarse y no poder continuar albergando la creciente y cuasi imparable generación de basura urbana (Solíz-Torres, 2015). Las montañas de desperdicios que producen las ciudades se vuelven un factor de contaminación tanto por los vapores que su lenta degradación genera como por los ríos de lixiviados que escurren contaminando los suelos y recursos hídricos que encuentran a su paso.

En la ZMVM, por ejemplo, se generan más de 16 000 toneladas de residuos sólidos urbanos diariamente. Esta cantidad de basura es casi comparable con la de otras ciudades de países más desarrollados que México: São Paulo (20 000 toneladas), Beijing (26 000 toneladas). En la ZMVM se producen entre 1 y 2 kg de basura per cápita; esta cantidad está por debajo de la que produce cada habitante de la ciudad de Los Ángeles (2.5 kg). No obstante, la producción de basura en México constituye un problema dadas las condiciones estructurales en materia de política pública vigente. Pese a los esfuerzos por reciclar y valorizar residuos, una porción significativa sigue llegando a rellenos ya saturados o a tiraderos clandestinos. En Delhi, por ejemplo, 32% de los residuos no se gestiona adecuadamente, situación que encuentra paralelo en muchas zonas de la periferia de la ZMVM. Esta realidad agrava los procesos de contaminación edafológica e hídrica, y expone las limitaciones del actual sistema de gestión de residuos urbanos en contextos de urbanización acelerada.

Las redes de infraestructura dedicadas a la comunicación electroinformática han sido un rasgo característico de las ciudades; por lo que la radio, la televisión, el teléfono, los celulares y el internet han marcado la vida cotidiana urbana. Sin embargo, ha quedado soslayada la grave contaminación

electromagnética que la infraestructura teleinformática y digital genera, al crear campos de radiación que afectan a nivel mitocondrial todo tejido orgánico, ya sea de origen vegetal, animal o fúngico (Caselles, 2014). Las ondas electromagnéticas emitidas por las antenas de telefonía celular 3G, 4G y 5G; por las torres repetidoras de internet satelital; por aparatos de microondas, *bluetooth*, comunicación infrarroja y emisores de luz ultravioleta, generan una atmósfera de múltiples niveles de radiación cuyos efectos climático-ambientales y epidemiológicos son cada vez mayores.

Los anteriores procesos de sobreexplotación de agua, minerales, biomasa, así como de contaminación hídrica, edafológica y atmosférica por la gran cantidad de basura, residuos plásticos y químicos que son emitidos o excretados por las ciudades, son apenas algunas de las dimensiones que configuran la actual crisis ambiental a nivel global (Arizmendi, 2006). Los impactos ambientales de la construcción del espacio urbano en términos capitalistas y, peor aún, bajo una óptica neoliberal que impulsa nocivos y degradantes procesos de acumulación de capital, pasan también por generar un desplazamiento en los determinantes atmosféricos del clima.

La elevación creciente de la temperatura al interior de las ciudades es producida por la falta de cobertura vegetal y forestal, dada la creciente pavimentación del paisaje, así como por la falta de infraestructura para la permeabilidad del agua de lluvia hacia el subsuelo y por la constante radiación electromagnética. Estos factores son apenas algunas de las causas que pueden explicar —junto con los casos de sobreexplotación y contaminación arriba expuestos— la generación de fenómenos meteorológicos atípicos, tales como sequías, lluvias torrenciales, tormentas eléctricas, inundaciones, granizadas, turbonadas, ráfagas y tornados.

Como se ha podido observar, la forma ciudad, en su contemporaneidad capitalista y su especificidad neoliberal, decanta en una devastación de la naturaleza en su totalidad. A su vez, esta crisis climático-ambiental se vuelve una condición de posibilidad para la generación de un nuevo tipo de desigualdades: aquellas que tienen que ver con las injusticias socioambientales.

Los procesos capitalistas de urbanización del espacio geográfico se impulsan por dinámicas de diverso tipo: despojo directo de tierras por medio de la violencia económica, política o paramilitar (narcotráfico incluido); decretos de expropiación; contratos, acuerdos o convenios de privatización;

usurpación de títulos de posesión o propiedad comunitaria o ejidal de terrenos o concesiones hídricas; decretos de áreas naturales protegidas para la prestación de servicios ambientales y generación de bonos de carbono; corrupción institucional del gobierno o de empresas privadas para impulsar usos diferentes de la tierra a los reglamentados de manera oficial, etcétera. Estos procesos de cercamiento de los bienes comunes generan problemas económicos, políticos y sociales de diverso tipo, llegando incluso a generar múltiples conflictos de corte socioambiental, en tanto que se producen choques entre dos o más formas de territorialidad referentes al acceso, administración y manejo de la naturaleza.

La problemática y conflictividad socioambiental de corte urbano se constituye, también, a partir de la referida contaminación que produce el sistema global de ciudades, tanto en su singularidad como en su generalidad (Tetreault et al., 2019). Las comunidades urbanas cuyos territorios son convertidos en enormes basureros o cisternas de agentes y sustancias tóxicas constituyen la parte social de afectados ambientales por la reconfiguración urbana del espacio geográfico.

Por lo anteriormente mencionado, se puede entender cómo es que la crisis climático-ambiental que se produce a partir de las dinámicas, procesos y tendencias del crecimiento avasallador de las ciudades, en concomitancia con el propio despliegue de las redes de comunicación, transporte y gran industria capitalista, termina por generar graves injusticias para los habitantes de las ciudades, al negarles su derecho colectivo a disfrutar de un ambiente pleno. En este sentido, quienes conforman la demografía de las ciudades tienen que (sobre)vivir en medio de la degradación de sus condiciones materiales/ambientales de vida; con lo que no solo tienen que vérselas con laborar en condiciones de (súper)explotación, en largas y extenuantes jornadas de trabajo; o con tener que consumir una cantidad cada vez mayor de productos de mala calidad; o con sufrir la privatización creciente de espacios y servicios públicos. Sino que, también, tienen que vivir la injusticia de respirar aire tóxico, tomar agua envenenada, así como estar rodeados de plásticos y otras sustancias químicas que son peligrosas para su salud, dados sus niveles de toxicidad.

La producción de enfermedades en la población urbana: la injusticia epidemiológica

En el apartado anterior, se ha podido observar cómo, en el marco de una subsumición real del consumo bajo el capital, la forma de la reproducción social llamada ciudad —al crecer estrepitosamente por medio de mecanismos de especulación inmobiliaria, densificación urbana y gentrificación— terminó por constituir un valor de uso nocivo, en tanto que produjo una intensa devastación del ambiente en su totalidad. Como correlato de este escenario de crisis climático-ambiental que se vive al interior de la red global de ciudades, se ha producido todo un sistema de valores de uso que, bajo la forma de mercancías, inundan el interior de las ciudades y dan sustento material a la vida cotidiana.

La alimentación, la cultura, la educación, la movilidad, etcétera, terminan por ser valores de uso nocivos para la vida humana. De allí que vivir al interior de la ciudad sea una condición de posibilidad suficiente para el surgimiento y desarrollo de una gran cantidad y diversidad de enfermedades, tanto de tipo infectocontagioso como de corte crónico-degenerativo (Luna-Nemecio, 2023). Esta relación entre ciudad y enfermedad puede explicarse a partir de dos niveles.

El primer nivel tiene que ver con los impactos negativos que, en términos fisiológicos y psicoemocionales, viven las personas que habitan en las ciudades, a partir de tener que consumir bajo la forma de alimentos procesados, ultraprocesados y, por ende, hiperquimicalizados/hormonados (Hernández-Ramírez, 2023). La degradación del sistema alimentario derivada del cultivo de alimentos con base en agroquímicos —como parte de una ruralidad y actividad campesina subsumida realmente bajo el capital (Gouttefanjat, 2023a)— oferta a las ciudades una gran cantidad de frutas, verduras, leguminosas, cereales, oleaginosas y legumbres con una baja cantidad de nutrientes y, al mismo tiempo, con una alta concentración de sustancias químicas; sin olvidar mencionar que muchos de estos productos son cultivados a partir de semillas genéticamente modificadas, cuyo uso tiene efectos ambientales adversos y que, en términos de salud, pueden estar relacionados con la producción de ciertas enfermedades autoinmunes, neoplasias y cánceres.

Pero también, la alimentación al interior de las ciudades se lleva a cabo por medio de la ingesta de productos ultraprocesados (Gouttefanjat, 2023b). La gran industria capitalista reconfigura los procesos de producción artesanal de alimentos para subsumirlos bajo un complejo tecnológico de corte nocivo y, con ello, poder sustituir su composición química, agregando una larga lista de colorantes, saborizantes, emulsionantes, aromatizantes, conservadores, etcétera, en su proceso de elaboración. Por ello, las personas que los consumen no solo están ingiriendo altas concentraciones de carbohidratos refinados, proteínas y grasas de mala calidad, sino que también ingieren sustancias que son dañinas para el cuerpo, una vez que las capacidades metabólicas de la fisiología humana no pueden ni absorberlas ni digerirlas o, incluso, excretarlas.

Con la firma y entrada en vigor de tratados de libre comercio a nivel global, el neoliberalismo impulsó un cambio en el tipo de alimentación de las naciones, sobre todo de las más empobrecidas (Gálvez, 2024). El *American way of life*, propio de la hegemonía mundial de Estados Unidos, impactó en la dieta de las personas que, al interior de las ciudades, adquirieron una forma de consumo alimentario centrado en ingerir colosales cantidades de harinas refinadas, azúcar, grasas saturadas y carne roja, al mismo tiempo que adoptaron un estilo de vida sedentario. Así, vivir y comer en las ciudades terminó por ser una condición para el incremento de enfermedades como la obesidad, el sobrepeso, la hipertensión, enfermedades isquémicas del corazón, hígado graso, diabetes, insuficiencia renal crónica, cáncer de garganta o de estómago.

El consumo de alimentos degradados en su composición química, al interior de la forma ciudad capitalista en su especificidad neoliberal, debe observarse en paralelo con la serie de consumos nocivos de sustancias adictivas. El tabaquismo, alcoholismo, así como la adicción a drogas como la cocaína, heroína, metanfetaminas, fentanilo, ansiolíticos, antidepresivos, analgésicos y toda una larga lista de fármacos de libre uso, son apenas unos ejemplos de los problemas de salud que derivan de la ingesta de valores de uso que tupen los circuitos urbanos de distribución y consumo de mercancías.

Las afectaciones a la salud derivadas de los consumos que caracterizan el estilo de vida producido y promovido por los intereses capitalistas que estructuran la ciudad contemporánea tienen que ver también con los tras-

tornos psicoemocionales que genera el hecho de que los millones de urbanitas estén inmersos en un escenario constante y sistemático de estrés y violencia de diverso tipo. Con ello, vivir en las ciudades ha traído consigo una masificación de personas enfermas de ansiedad, depresión, hipergresividad, esquizofrenia, paranoia, déficit de atención y autismo, pues el consumo de programas de televisión, música, películas, obras de teatro, comerciales, revistas, periódicos, así como el acceso a toda una red de (des) información y a un tipo de tecnología enajenante (teléfonos celulares, tablets, reproductores individuales de música, etcétera) y a medios de (des) comunicación como las redes sociales, representa una gran carga negativa en términos emocionales y psicosexuales para una población que, al consumirlos, queda atrapada en los sinuosos y oscuros terrenos de la dominación procreativa de la humanidad por parte del capital.

Más allá de las afectaciones a la salud derivadas del consumo de alimentos degradados en términos cualitativos; de la ingesta compulsiva de drogas legales e ilegales; o por el consumo constante de mensajes ideológicos y de una idiosincrasia capitalista, el vivir dentro de un espacio urbanizado bajo los términos que dicta la subsunción real del mundo por el capital constituye una condición material que impacta negativamente sobre la salud de la población que allí habita. Derivado de los problemas de contaminación ambiental expuestos en el apartado anterior, la generación de enfermedades infectocontagiosas muy pronto se volvió un correlato inmediato de la forma de vida urbana.

El cólera, la tuberculosis, el dengue, diarrea, hepatitis A y enfermedades respiratorias de todo tipo guardan una estrecha relación con la pobreza y el hacinamiento que caracteriza la vida cotidiana en espacios urbanizados bajo los términos económicos que dicta la ley del valor en su determinación mercantil capitalista. La transmisión de vectores virales o bacteriológicos que causan este tipo de patologías se debe, también, a la contaminación del agua ocasionada por la falta o pésima condición de las redes de drenaje y alcantarillado, así como la inexistente o inoperante infraestructura hidráulica dedicada al saneamiento de las aguas residuales tanto de origen industrial como urbano.

Por lo anterior, se puede reconocer un nexo entre las determinantes ambientales y la configuración de la salud de la población urbana. Por lo

que, para entender la composición y tendencias de las curvas epidemiológicas al interior de las ciudades, se debe reconocer la grave contaminación del aire, agua y suelo por inconmensurables cantidades de metales pesados (cadmio, arsénico, plomo y mercurio), hormonas y disruptores endócrinos, fármacos y estupefacientes, gases clorofluorocarbonados, políclorobifenilos, dioxinas, furanos, plaguicidas clorados persistentes, materiales ignífugos bromados, dióxido de nitrógeno, monóxido de carbono y una kilométrica lista de sustancias químicas que son peligrosas, dados sus niveles de toxicidad.

La presencia, sincronización, superposición de procesos y síntesis de agentes y sustancias contaminantes permite comprender por qué las principales causas de enfermedad y muerte de la gente que habita en las ciudades han dejado de estar centradas en las patógenesis vinculadas a enfermedades infectocontagiosas de origen viral o bacteriológico. Pues entre las primeras causas de morbilidad urbana se encuentran aquellas enfermedades vinculadas con la contaminación ambiental, producida por la exposición prolongada y constante a bajas dosis de sustancias químicas de alta toxicidad o al contacto con enormes cantidades de este tipo de venenos. Por lo tanto, enfermedades no transmisibles como la diabetes, cáncer (de mama, cervicouterino, de piel, colon, recto, pulmón, próstata, estómago), linfoma no Hodgkin, neoplasias, insuficiencia renal crónica, leucemia linfoblástica aguda, lupus eritematoso sistémico, enfermedades isquémicas del corazón, enfermedad pulmonar obstructiva crónica (EPOC), asma, artritis reumatoide, así como varias enfermedades autoinmunes que no cuentan con un diagnóstico diferencial específico, manifiestan diversos síntomas que, de conjunto, no encuadran en los estándares establecidos por la medicina convencional.

Con lo dicho hasta aquí, se puede reconocer que la subsunción real de los procesos de producción y consumo de la forma ciudad por el capital produce un espacio urbano en que se sintetizan, convergen, articulan y superponen todos y cada uno de los valores de uso nocivos que la gran industria capitalista produce. Esta situación constituye un factor de degradación de la vida en términos cuantitativos y cualitativos; y, con ello, representa una condición para la configuración de una crisis ambiental de distintas dimensiones, que se sincronizan, superponen y complementan entre sí, hasta producir efectos dañinos para la salud de la población.

De allí que las profundas desigualdades e injusticias que se viven al interior de las ciudades pasen de estar centradas solo en el terreno de lo económico y comiencen a estar vinculadas, también, con la destrucción de las condiciones ambientales de reproducción social. Lo que deriva en la producción de un nuevo tipo de desigualdad en lo que respecta a la serie de injusticias epidemiológicas de las que son objeto los habitantes de los espacios urbanos. Los millones de ciudadanos tienen que ver, vivir y sufrir el hecho de que, al interior de la comunidad doméstica, el capitalismo va enfermando a cada uno de los individuos que la integran.

Como transfiguración de las desigualdades económicas y la configuración de una ciudad y forma de lo urbano de acuerdo con la lucha de clases, la clase proletaria no logra tener acceso a los servicios de salud que se requieren para contrarrestar la serie de daños patológicos que ha sufrido a nivel físico y psicoemocional. Ya sea porque los hospitales, centros de salud, gabinetes médicos o farmacias de corte público se encuentran desmantelados en cuanto a financiamiento, construcción y mantenimiento de infraestructura, contratación y capacitación de personal, o abastecimiento de insumos y medicamentos; o porque estos espacios han sido privatizados. Lo que, de suyo, impide que —dados los bajos salarios percibidos por la clase proletaria o debido al creciente desempleo— el proletariado urbano pueda acceder a los medios necesarios para producir su salud.

La devastación del ambiente en su relación con la degradación de la salud de la población que habita en espacios urbanos permite dar cuenta de que la forma ciudad, en su contemporaneidad capitalista y, sobre todo, en su especificidad neoliberal, representa un espacio de profundización de desigualdades para quienes la habitan. La red de ciudades, en su interconexión con el sistema industrial, se ha sintetizado en la configuración de un espacio geográfico que se distingue por impulsar el sacrificio socioambiental, a partir de la grave emergencia ambiental y sanitaria que se vive en estos polos de desarrollo territorial del capital (Barreda y García-Barrios, 2021); principalmente, en las ciudades de países empobrecidos, como es el caso de México.

Uno de los casos más representativos de este tipo de territorios sacrificados es la alcaldía de Iztapalapa, en la Ciudad de México. Esta demarcación, que concentra una de las mayores densidades poblacionales del país, en-

frenta una grave crisis ambiental y sanitaria que sintetiza los efectos del urbanismo neoliberal. En 2023 se identificaron al menos 128 tiraderos clandestinos, y las denuncias ciudadanas por este problema ascendieron a más de 1 400 en 2022, evidenciando una infraestructura de manejo de residuos completamente rebasada. A esto se suma la alarmante calidad del aire: en mayo de 2025, las concentraciones de PM2.5 en Iztapalapa alcanzaron $26.2 \mu\text{g}/\text{m}^3$, superando por más de cinco veces el valor guía anual de la OMS. Además, casi dos millones de personas sufren de escasez crónica de agua potable, una condición que refleja las desigualdades estructurales en el acceso a servicios básicos y los impactos en la salud poblacional derivados de la fragmentación territorial urbana.

Otro caso paradigmático es el del municipio de Nezahualcóyotl, en el Estado de México, una de las ciudades conurbadas de la ZMVM. Neza ha sido históricamente afectado por la contaminación atmosférica y la precariedad hídrica. En enero de 2025 se decretó una contingencia ambiental debido a que los niveles de PM10 y PM2.5 superaron los límites establecidos, situación que no es excepcional, sino recurrente. En materia de residuos sólidos, los tiraderos a cielo abierto Neza II y III representan verdaderos focos de contaminación para el entorno y la población local. A ello se añade que más de 150 000 personas en 11 colonias carecen de acceso regular a agua potable. Esta conjunción de problemáticas ambientales y sanitarias evidencia cómo la ciudad neoliberal, lejos de garantizar condiciones de vida dignas, profundiza la degradación socioecológica de los sectores más empobrecidos.

Injusticias epidemiológico-ambientales en el caso mexicano

La adopción del neoliberalismo en México como política rectora de la acumulación de capital y la correlativa firma y entrada en vigor de diversos tratados de libre comercio fue la condición económica y política que propició la producción de un espacio urbano ambientalmente insustentable. Monterrey, Guadalajara, León, Monclova, Tijuana, Querétaro, Toluca, Pachuca, Cuernavaca, Puebla, Tlaxcala o la monstruosa Ciudad de México despuntaron como territorios urbanos en los que la alta concentración

demográfica, la falta de infraestructura urbana, así como una política de ordenamiento territorial a favor de los caprichos del capital inmobiliario y financiero de origen norteamericano y europeo, muy pronto se tradujeron en hacinamientos poblacionales, degradación de las condiciones de la vida económica y procreativa de los habitantes, así como en una inconmensurable destrucción del ambiente.

Paralelamente, el desarrollo urbano del territorio mexicano se articuló con procesos industriales orientados a la exportación y caracterizados por el alto consumo productivo de recursos hídricos, forestales, mineros y de biodiversidad; además de ser la fuente de una grave contaminación ambiental, tanto por la emisión, excreta y vertimiento no regulado de sustancias químicas al aire, suelo y agua, como por una interminable lista de accidentes industriales ligados a casos de corrupción y a la falta de regulación con la que operaban las empresas dedicadas a la petroquímica.

La hiperurbanización industrial de México puede considerarse como la condición objetiva que produjo una territorialidad de la enfermedad de acuerdo con los propios intereses de los grupos de capital que se vieron beneficiados durante la larga noche neoliberal (Cherkaoui, 2021).⁸ Al interior de las ciudades mexicanas se superpusieron diversos impactos negativos en términos socioambientales que, en conjunto, implicaron la destrucción de la salud de la población, mientras representaban fuentes de ganancias extraordinarias para las multinacionales estadounidenses, canadienses, fran-

⁸ Durante el periodo neoliberal, diversos grupos de capital se consolidaron como actores clave en la reconfiguración territorial de México, beneficiándose de políticas de desregulación, privatización y subsidios fiscales. Un caso ilustrativo es Grupo Televisa, que encabezó la lista de empresas favorecidas con condonaciones fiscales por más de 20 000 millones de pesos durante los sexenios de Felipe Calderón y Enrique Peña Nieto. De forma paralela, grupos constructores como Grupo Garza Ponce y Grupo Industrial Hermes participaron en megaproyectos urbanos e industriales que impulsaron una expansión territorial altamente especulativa y ambientalmente degradante, desde corredores logísticos hasta desarrollos habitacionales y de infraestructura carretera. También destacan conglomerados como Cemex y Alfa (a través de su filial petroquímica Alpek), cuyo crecimiento estuvo articulado a la demanda intensiva de cemento, materiales y energía derivada de los procesos de hiperurbanización industrial. Estas empresas no solo crecieron al amparo del modelo neoliberal, sino que contribuyeron activamente a la conformación de paisajes urbanos marcados por la contaminación del aire, del agua y del suelo, generando condiciones propicias para la consolidación de una "territorialidad de la enfermedad" en zonas densamente pobladas y ambientalmente sacrificadas.

cesas, españolas, alemanas e italianas que, durante el neoliberalismo, se dedicaron a devastar el país mediante la importación e implementación de procesos altamente contaminantes.

El carácter nocivo y abiertamente destructivo de las fuerzas productivas urbanas al interior de las ciudades mexicanas ha producido un sinnúmero de consecuencias de corte ambiental y, por lo tanto, también de tipo epidemiológico. La configuración de regiones de emergencia sanitaria y ambiental por procesos contaminantes de corte industrial, agroindustrial, extractivista y químico (Barreda, 2020) se ha vuelto condición de posibilidad para la destrucción del sistema inmunológico de las comunidades urbanas que integran los mismos territorios donde se encuentran contruidos los corredores urbanos e industriales que tupen virulentamente el país.

La territorialidad de la enfermedad en México se ha traducido en un factor de exacerbación de las injusticias y desigualdades. Las ciudades mexicanas, en tanto territorios de enfermedad, vieron reaparecer enfermedades que se creían erradicadas del propio panorama epidemiológico nacional; además, sirvieron como laboratorios a partir de los cuales se crearon las condiciones excepcionales para casos de zoonosis, así como de mutagénesis natural y sintética de virus, ante los cuales colapsan los sistemas inmunológicos de los millones de urbanitas en México.⁹

Bajo este panorama urbano, entre las principales causas de muerte y enfermedad de la población mexicana ya no se encuentran las enfermedades infectocontagiosas. A contrapelo, ahora son las enfermedades crónico-degenerativas los tipos de patologías que encabezan las estadísticas nacionales de muerte por enfermedad. Más allá de considerar que estos cambios en las curvas epidemiológicas forman parte de una evolución natural del sistema inmunológico, esta situación debe entenderse como una expresión directa de la destrucción de las condiciones alimentarias y ambientales que produjo el neoliberalismo; en tanto que son las mismas actividades económicas que están detrás de los procesos de urbanización no regulada e

⁹ Entre los múltiples ejemplos de patologías desarrolladas a partir de la decadencia de vida de las ciudades, podemos resaltar aquellas enfermedades relacionadas con la mutagénesis o síntesis de nuevos tipos de virus (Sars-H5N1, H1N1, mers y Sars-CoV-2), cuya patogénesis se genera al entrar en contacto con cuerpos enfermos, los cuales son un correlato de la degradación de la vida cotidiana al interior de las ciudades.

insustentable de los territorios las responsables de devastar los ecosistemas y de enfermar los cuerpos y las mentes de las comunidades que habitan estos territorios destruidos.

En el marco de una clara transición epidemiológica compuesta por una producción masiva de enfermos ambientales, la territorialidad de la enfermedad en México permite reconocer que la ciudad capitalista contemporánea, en su especificidad neoliberal, representa el núcleo estructurante de la configuración espacial de una serie de regiones de emergencia ambiental y sanitaria (Barreda y García-Barrios, 2021), que hoy día permiten constatar que el territorio mexicano fue convertido —a partir del desvío de poder del Estado impulsado por el neoliberalismo (Espinoza y Barreda, 2012)— en un territorio de masacres socioambientales, así como de un genocidio epidemiológico.

Reflexiones finales. La lucha por la ciudad como base territorial para la superación de las desigualdades

Con lo visto a lo largo de este capítulo, se ha podido observar que la situación civilizatoria que actualmente se vive al interior de la ciudad capitalista de corte neoliberal es la de una profundización de las desigualdades e injusticias sociales. Esto debido a que el modo de producción capitalista ha producido una devastación del metabolismo sociedad-naturaleza, en tanto correlato geográfico de su consolidación como forma hegemónica de civilización histórico-material.

Durante la larga noche neoliberal, la devastación ambiental y la territorialidad de la enfermedad crecieron a una inédita velocidad y dolorosa profundidad, sobre todo al interior de las ciudades, por lo que la barbarie y el colapso civilizatorio y ecológico parecerían ser el destino final al que la humanidad y la naturaleza han de llegar en un futuro inmediato. Sin embargo, más allá de cualquier determinismo, es importante reconocer que el principio esperanza se encuentra aún presente como brújula que guía hacia nuevos caminos históricos aún pendientes de desarrollar, incluyendo no solo otras formas de desarrollo capitalista, sino también aquellas que muestran la vigencia de la propia revolución proletaria y comunista.

Dicho lo anterior, y reconociendo el carácter positivo y afirmante que tiene la ciudad como espacio civilizatorio y de florecimiento socioambiental, es pertinente contar con una reflexión que, a manera de conclusión de este capítulo, permita ubicar las bases territoriales que sirvan de condición para la superación de las desigualdades ambientales y epidemiológicas producidas por el capitalismo contemporáneo; mismas que permitirán reconocer qué condiciones de posibilidad se requieren para reequilibrar la correlación de fuerzas en lo que respecta a la lucha de clases y al desarrollo tecnocientífico del capital, en el marco de lo que sería la reforma o, incluso, la revolución del capitalismo como modo de producción; y, con ello, la superación histórica de la escasez como condición y resultado de las desigualdades sociales.

Si bien las problemáticas abordadas en este capítulo —la devastación ambiental, la injusticia socioecológica, la hiperurbanización y la producción social de la enfermedad— han sido tratadas profusamente en múltiples estudios, la mayoría de estos trabajos presentan un enfoque fragmentado, descriptivo y débilmente razonado, limitado a la exposición fenomenológica de los síntomas, sin articular una crítica estructural del modo de producción que los origina. Esta tendencia se reproduce especialmente en estudios de caso que, aunque empíricamente valiosos, eluden la responsabilidad histórica de generar reflexiones teóricas de fondo.

Al rehuir el debate sobre las raíces del metabolismo social capitalista o sobre la naturaleza contradictoria del espacio urbano como forma de acumulación, dichos estudios contribuyen —de forma involuntaria o funcional— a trivializar la complejidad del problema. En este contexto, incluso el uso de estadísticas y mediciones cuantitativas, lejos de visibilizar la dimensión de la crisis, puede actuar como dispositivo de ocultamiento, pues sus categorías técnicas y su lenguaje numérico no logran reflejar la violencia estructural ni la profundidad civilizatoria de los procesos analizados. Frente a ello, este capítulo se propone recuperar el sentido crítico y totalizante del pensamiento teórico, abriendo camino a una comprensión situada, histórica y radical de la ciudad como núcleo de la injusticia ambiental y como síntesis territorial del modo de producción capitalista.

Para poder avanzar hacia este horizonte y volver concreta la utopía de una sociedad libre y justa, es importante que la humanidad no renuncie

al proyecto civilizatorio de producir y vivir en ciudades. A contrapelo, se requiere reconfigurar el sentido que actualmente ha tomado lo urbano, para volver a posicionarlo como un valor de uso que, en términos territoriales (biofísicos y políticos), permita la interconexión entre el factor subjetivo (humano) y el objetivo (material producido y natural) al interior de la reproducción social. En este sentido, es importante señalar que la construcción de ciudades no puede reducirse únicamente a un espacio de disputa entre clases sociales o a una contienda de voluntades políticas desde una perspectiva sociológica. Si bien la lucha de clases constituye su núcleo histórico, la ciudad contemporánea —particularmente bajo el dominio del capital— es también expresión de un proceso más profundo: la subsunción real del trabajo y del territorio al capital, lo cual implica el sometimiento tecnocientífico y material del espacio urbano a las exigencias de valorización.

La urbanización capitalista no es solo un campo simbólico o cultural, sino el resultado histórico de la transfiguración del capital industrial en capital urbanizador, es decir, en un régimen espacial de acumulación que ha hecho de la ciudad su condición operativa. De ahí que la planificación urbana, las infraestructuras, la arquitectura y los sistemas de movilidad no respondan primordialmente a las necesidades sociales o a proyectos “progresistas” de inclusión o diversidad, sino que operan conforme a los requerimientos logísticos, financieros y tecnológicos de la propia reproducción del capital.

Por lo anterior, resulta insuficiente —cuando no funcional al orden vigente— aquel tipo de interpretación que concibe a la ciudad como simple resultado de “agencias plurales”, “discursos situados” o “heterogeneidades culturales”, tal como suelen hacerlo ciertas corrientes posmodernas o pragmatismos urbanos que, en su afán de reconocer la multiplicidad, despolitizan el espacio urbano al desvincularlo de su fundamento económico estructural. En cambio, es urgente retomar el discurso crítico de Marx y aplicarlo/ desarrollarlo para entender lo específico de la ciudad capitalista de corte neoliberal como un territorio del capital, pero también como un espacio potencial de su superación histórica.

Para poder contar con un escenario donde la construcción de ciudades no implique un factor de degradación de las condiciones de vida ni la devastación creciente de la naturaleza, es necesario avanzar en una doble estrate-

gia. Por un lado, se ha de buscar fortalecer al Estado y sus instituciones. Dado el carácter de clase que actualmente guarda el Estado, en favor de la burguesía, es importante impulsar procesos democráticos de participación política al interior de este, para que los intereses, agendas, metas, proyectos y políticas públicas que se impulsen desde la institucionalidad estatal tengan, como núcleo estructurante, la finalidad de construir la soberanía nacional.

La lucha por la nación se vuelve un factor decisivo para poder reconducir el sentido y el papel histórico que guardan las ciudades, no solo para que dejen de ser espacios de desigualdades, miserias, muertes y sacrificio socioambiental, sino para que también se conviertan en la condición territorial a partir de la cual se impulsen procesos económicos, políticos, tecnológicos, pedagógicos y cultural-procreativos de protección y regeneración del ambiente. El Estado-nación se vuelve el actor garante, en términos de política pública y de marco jurídico-constitucional, de crear toda una institucionalidad y normatividad para reverdecer las ciudades; lo que implica, forzosamente, regular las actividades, procesos y espacios de producción, distribución y consumo de mercancías, para que estas y estos dejen de significar un factor de alto consumo de biomasa, materiales, energía y recursos hídricos, así como una fuente de contaminación ambiental.

Para poder cumplir con el objetivo, el Estado requiere avanzar hacia la construcción de la soberanía del país a múltiples escalas y niveles. Algunas de las dimensiones que en este sentido ha de impulsar el Estado podrían ser: la autodeterminación soberana del territorio y sus recursos naturales —sobre todo aquellos que resultan de carácter estratégico para el desarrollo (capitalista) del país—; la soberanía y seguridad alimentaria; la soberanía económica y política; la soberanía científica y de desarrollo e innovación tecnológica, y la soberanía ecológica.

En segundo lugar, se requiere de la organización y empoderamiento de las comunidades urbanas, para que puedan constituirse en un sujeto histórico de transformación, tanto de sus condiciones inmediatas de vida por medio de espacios de autogestión popular, como mediante la participación al interior de las instituciones del propio Estado. El desarrollo de un movimiento urbano popular debe tener como fin lograr la articulación con los movimientos campesinos que defienden la tierra, el agua, así como la conservación del ambiente en su totalidad; pues ambos sectores, al interior de

los dominados modernos, tienen en común la defensa del territorio como condición indispensable para la vida.

Frente al diagnóstico de devastación socioecológica expuesto en este capítulo, resulta indispensable pensar en una transición ecológica de las ciudades que no parta de falsas soluciones tecnocráticas o neoliberales, sino de un proceso de recuperación productiva de los territorios. Esta alternativa implica reorganizar material y políticamente el metabolismo social de las ciudades en función de los valores de uso, de las necesidades vitales de las comunidades y de la sostenibilidad biofísica de los territorios tanto urbanos como rurales.

Es fundamental impulsar espacios de soberanía ambiental que se construyan desde abajo, que respondan a las condiciones territoriales concretas y que se distancien críticamente de las recomendaciones globalistas de la Agenda 2030, las cuales tienden a reproducir una lógica de desarrollo verde capitalista, subordinada a intereses corporativos, organismos multilaterales y mercados de carbono. La transición ecológica de las ciudades no puede surgir de los parámetros del consenso de Davos, sino de las luchas locales que defienden el territorio como base de vida y no como plataforma de especulación.

En este marco, es crucial rechazar las narrativas que culpabilizan al consumidor, como si el sujeto popular eligiera libremente vivir en ciudades caóticas, respirar aire tóxico o alimentarse con comida chatarra. Esta visión, de raíz neoliberal, es profundamente ideológica, ya que oculta la estructura de dominación que configura las decisiones de consumo, movilidad y salud.

No se trata de un sujeto autónomo y racional, sino de una población sometida a una doble enajenación: ideológica y química. Ideológica, por el bombardeo permanente de discursos aspiracionales que presentan como deseables los estilos de vida propios del capital, y química, porque los sistemas agroalimentarios dominantes manipulan fisiológicamente el metabolismo de los cuerpos a través de compuestos adictivos, ultraprocesados y disruptores hormonales. En este contexto, el valor de uso positivo —como la alimentación sana, el aire limpio o el derecho al descanso— es sustituido por un valor de uso nocivo, naturalizado como opción de consumo, pero producido históricamente por el modo de producción capitalista en su fase

urbana-neoliberal. Reconocer esta enajenación es fundamental para no individualizar la responsabilidad de la crisis, y así abrir paso a formas colectivas de reapropiación del territorio y de la vida.

Más allá de lo consciente o inconsciente, de los aciertos, torpezas o contradicciones acerca de la necesidad, pertinencia y urgencia de llevar a cabo una transición ecológica de las ciudades, el proletariado mundial requiere no perder de vista la importancia esencial de continuar con la misión histórica de luchar contra la dictadura del gran capital. Lo que, en lo inmediato, significa la organización política necesaria para atenuar, contrarrestar o, bien, superar las desigualdades e injusticias que ha producido la forma ciudad en su contemporaneidad capitalista y su especificidad neoliberal. En un horizonte con mediana perspectiva histórica, la ciudad recuperada como valor de uso para toda la humanidad debe servir como condición material para la superación histórica del capitalismo.

¿El modo de producción capitalista será capaz de remontar el caos ambiental y civilizatorio que él mismo ha producido al interior de las ciudades, como expresión de su contradictoria autodestructividad? ¿Los tiempos históricos y coyunturas ambientales le permitirán al capital contar con el tiempo suficiente para reformar las ciudades en un sentido ecológico? ¿El capitalismo será capaz de ordenarse a sí mismo para impulsar un proceso de acumulación de capital que no devaste la naturaleza a la velocidad y tasas vistas hasta ahora, o ante el miedo a la revolución anticapitalista optará por encumbrar las opciones de desarrollo capitalista más cercanas al neofascismo?

¿La lucha de los dominados modernos orillará al capital a tener la voluntad política y la fuerza tecnocientífica suficiente para reconfigurar el sentido civilizatorio de las ciudades? ¿La constitución de un bloque proletario en cuya agenda esté la cuestión ambiental y la recuperación del derecho colectivo de los pueblos por tener un cuerpo físico y emocional sano tendrá la misma forma y seguirá las mismas estrategias que, hasta ahora, han tenido las movilizaciones sociales por la conquista de derechos laborales o por la lucha por mayores salarios?

Estas preguntas pueden servir para concluir el presente capítulo. Pues, más que plantear sus respectivas respuestas, sirven para continuar con la reflexión profunda, calmada y racional acerca de las problemáticas, soluciones y alternativas que se presentan para buscar frenar, atender o solucionar

las profundas desigualdades y graves injusticias que se producen y padecen en las ciudades bajo su forma histórica particular actual.

Referencias

- Alfonso, O. (2021). Urbanización acelerada, deforestación garantizada. *Crítica Urbana: Revista de Estudios Urbanos y Territoriales*, 4(20), 27-30.
- Arizmendi, L. (2006). La crisis ambiental mundializada en el siglo *xxi* y sus disyuntivas. *Mundo Siglo *xxi**, 3, 17-36.
- Azamar, A., y Ponce, J. I. (2014). Extractivismo y desarrollo: los recursos minerales en México. *Problemas del Desarrollo*, 45(179), 137-158. [https://doi.org/10.1016/S0301-7036\(14\)70144-0](https://doi.org/10.1016/S0301-7036(14)70144-0).
- Badii, M. H., Guillen, A., Rodríguez, C. E., Lugo, O., Aguilar, J., y Acuña, M. (2015). Pérdida de biodiversidad: causas y efectos. *Revista Daena. International Journal of Good Conscience*, 10(2), 156-174. Consultado el 23 de junio de 2023 en [http://www.spen-tamexico.org/v10-n2/A10.10\(2\)156-174.pdf](http://www.spen-tamexico.org/v10-n2/A10.10(2)156-174.pdf).
- Barreda, A. (2005). Civilización material petrolera y relaciones de poder. En P. Molina (coord.), *Geopolítica de los recursos naturales y acuerdos comerciales en Sudamérica* (pp. 119-124). La Paz: Fobomade.
- (2020). Toxitour México: Un registro geográfico de la devastación ambiental. Diálogos ambientales. Consultado el 25 de junio de 2024 en https://www.gob.mx/cms/uploads/attachment/file/538900/13_ToxitourD.pdf.
- Barreda A., y García-Barrios, R. (2021). *Las regiones de emergencia ambiental: definición y localización en México* [Webinar]. YouTube, Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología. Consultado el 23 de junio de 2024 en <https://www.youtube.com/watch?v=8tqzYRPhOIs>.
- Bonilla, R. (2015). Informalidad y precariedad laboral en el Distrito Federal. La economía de sobrevivencia. *Economía Informa*, 391, 69-84. <https://doi.org/10.1016/j.ecin.2015.05.005>.
- Cai, M., Kassens-Noor, E., Zhao, Z., y Colbry, D. (2023). Are Smart Cities more Sustainable? An Exploratory Study of 103 US Cities. *Journal of Cleaner Production*, 416, 137986. Consultado en <https://doi.org/10.1016/j.jclepro.2023.137986>.
- Caselles, J. F. (2014). ¿Servicio tecnológico a cualquier precio? La contaminación electromagnética vulnera el derecho a la salud. Realidad y alternativas en la Universidad de Murcia. *Bioderecho.es*, 1, 1-14. Consultado el 25 de junio en <https://revistas.um.es/bioderecho/article/view/209301>.
- Checa-Artasu, M., García, A., Soto, P., y Sunyer, P. (2014). *Paisaje y territorio. Articulaciones teóricas y empíricas*. México: UAM.
- Cherkaoui, M. (2021). La geopolítica cambiante del coronavirus y la caída del neoliberalismo. *Revista de Economía Institucional*, 23(44), 103-141. <https://doi.org/10.18601/01245996.v23n44.06>.

- Espinoza, R., y Barreda, A. (2012). La destrucción de México ante el Tribunal Permanente de los Pueblos. *El Cotidiano*, 172, 167-182. Consultado el 26 de junio de 2024 en <https://www.redalyc.org/pdf/325/32523118017.pdf>.
- Gálvez, A. (2024). *Comer con el TLC: comercio, políticas alimentarias y la destrucción de México*. México: Itaca / FCE.
- Garcés, J. D. C., y Bartorila, M. Á. (2021). Incidencias monocéntrica y policéntrica del urbanismo residencial en la fragmentación de Tampico, México (1960-2015). *Economía, Sociedad y Territorio*, 21(66), 441-472. <https://doi.org/10.22136/est20211640>.
- García-Barrios, R., y Mozka, S. (eds.) (2023). *Problemas del agua en México: ¿Cómo abordarlos?* México: FCE.
- Gouttefanjat, F. (2023a). La (contra)revolución verde en tiempos de la 4T. *La Jornada del Campo* (195), p. 13.
- (2023b). Relación entre consumo de alimentos ultraprocesados y patogénesis por Sars-Cov-2. Elementos preliminares para estudiar el caso de la Ciudad de México. *Cuadernos de Geografía. Revista Colombiana de Geografía*, 32(2), 294-305. <https://doi.org/10.15446/rcdg.v32n2.105231>.
- Hernández, A., y Díaz, I. (2022). La gentrificación, un concepto trasatlántico: Diálogos entre España y México. *Iztapalapa. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, 43(93), 13-45. Consultado en <https://doi.org/10.28928/ri/932022/atc1/hernandez-corderoa/diazparrai>.
- Hernández-Ramírez, J. C. (2023). La subordinación real del consumo bajo el capital como teoría específica para estudiar los fenómenos alimentarios contemporáneos. *Pacha. Revista de Estudios Contemporáneos del Sur Global*, 4(12), e230216. <https://doi.org/10.46652/pacha.v4i12.216>.
- Jacobo-Marín, D., y de León, G. S. (2021). Contaminantes emergentes en el agua: regulación en México, principio precautorio y perspectiva comparada. *Revista de Derecho Ambiental*, 1(15), 51-75.
- Luna-Nemecio, J. (2020). Determinaciones socioambientales del COVID-19 y vulnerabilidad económica, espacial y sanitario-institucional. *Revista de Ciencias Sociales (Ve)*, 26(2), 21-26. Consultado el 25 de junio de 2024 en <https://www.redalyc.org/journal/280/28063431004/28063431004.pdf>.
- (2023). Territorios devastados y cuerpos enfermos. De la crisis de la forma ciudad al COVID-19. *Cuadernos de Geografía. Revista Colombiana de Geografía*, 32(2), 258-261. <https://doi.org/10.15446/rcdg.v32n2.110285>.
- Luna-Nemecio, J., y Tobón, S. (2021). Urbanización sustentable y resiliente ante el Covid-19: nuevos horizontes para la investigación de las ciudades. *Revista Universidad y Sociedad*, 13(1), 110-118. Consultado el 25 de junio de 2024 en <https://rus.ucf.edu.cu/index.php/rus/article/view/1906/1896>.
- Martín-Jiménez, C. (2024). *Agenda 2030. Libertad o tiranía*. Barcelona: Ediciones Martínez Roca.
- Marx, K. (2001). *El capital. Libro I, capítulo VI (inédito): Resultados inmediatos del proceso de producción*. México: Siglo XXI Editores.

- Raherinson, C. (2020). Contaminación atmosférica y medioambiental y patología respiratoria. *EMC-Tratado de Medicina*, 24(3), 1-9. [https://doi.org/10.1016/S1636-5410\(20\)44024-3](https://doi.org/10.1016/S1636-5410(20)44024-3).
- Rodríguez, J. (2002). Los servicios ambientales del bosque: el ejemplo de Costa Rica. *Revista Forestal Centroamericana*, 37, 47-53. Consultado el 25 de junio de 2024 en <https://repositorio.catie.ac.cr/handle/11554/10371>.
- Solíz-Torres, M. G. (2015). Ecología política y geografía crítica de la basura en el Ecuador. *Letras Verdes. Revista Latinoamericana de Estudios Socioambientales*, 17, 4-28. <https://doi.org/10.17141/letrasverdes.17.2015.1259>.
- Tetreault, D., McCulligh, C., y Lucio, C. (coords.) (2019). *Despojo, conflictos socioambientales y alternativas en México*. México: Miguel Ángel Porrúa / Universidad Autónoma de Zacatecas.
- Valenzuela-Levi, N., Fuentes, L., Ramirez, M. I., Rodriguez, S., y Señoret, A. (2022). Urban Sustainability and Perceived Satisfaction in Neoliberal Cities. *Cities*, 126, 103647. <https://doi.org/10.1016/j.cities.2022.103647>.
- Veraza, J. (2008). *Subsunción real del consumo bajo el capital. Dominación fisiológica y psicología en la sociedad contemporánea*. México: Itaca.
- (2010). Crisis económica y crisis de la forma neoliberal de civilización (o de la subordinación real del consumo bajo el capital específicamente neoliberal). *Argumentos*, 23(63), pp. 123-157. Consultado el 25 de junio de 2024 en https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0187-57952010000200006.
- (2023a). Soberanía, ciencia, democracia y acumulación originaria residual y terminal de capital. *Utopía y Praxis Latinoamericana. Revista Internacional de Filosofía Iberoamericana y Teoría Social*, 28(102), 181-190. Consultado el 25 de junio de 2024 en <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=9356406>.
- (2023b). Crisis civilizatoria sin crisis del capitalismo y COVID-19. *Cuadernos de Geografía. Revista Colombiana de Geografía*, 32(2), 262-279. <https://doi.org/10.15446/rcdg.v32n2.103993>.